

¿A que ninguna de las tres olvida
lo que en el *Lago del Silencio* hablamos?
¿Olvidaréis jamás que allí pasamos
tres horas, las más dulces de la vida?

XVI

Mas nos llaman de nuevo otros amores,
porque Jaime, sintiendo trasudores,
de improviso gritó:—¡Guardias civiles!—
pues para un desertor, en la apariencia,
no hay más hombres que guardias y alguaciles,
¡que es gran pintor de espectros la conciencia!
Y buscando un refugio, mira en torno,
y alcanzando en el fondo del paisaje
una cueva que sirve de hospedaje
á todas las palomas del contorno,
uno y otro, con ánimo esforzado,
subieron á la *Cueva del Soldado*,
que allá arriba, y oculta entre unas breñas,
el mismo Dios que la hizo la ha olvidado.
Y en tanto que los pobres desertores
quedan solos, pensando en sus amores,
mas sin faltar á la moral cristiana,
por la altura del monte vigilando
va la Guardia civil representando
lo perspicaz de la justicia humana.

XVII

¡Que Dios os dé fortuna,
oh jóvenes amantes,
que aun podéis comulgar, sin duda alguna,
sin precisión de confesaros antes!
Yo espero que aun podrá vuestra inocencia
la hora retardar de la caída,
creyendo lo que dice la experiencia,
que es muy malo abusar de nuestra vida,
Desechad con empeño
cuanto hay de realidad en las pasiones,
dándolo todo, como yo, al ensueño;
imitad mis fugaces ilusiones,
pues en giro halagüeño,
desenterrando y enterrando historias,
ya saco una memoria para sueño,
ya echo un sueño al rincón de mis memorias.
Y aunque en mis rasgos de virtud no imito
lo que hizo en el desierto san Benito,

procuro realizar en mis ternezas
un amor superior á las flaquezas,
porque sé, en mi constante desconsuelo,
que si une de algún modo
un hilo solo nuestro amor al suelo,
sopla el viento una vez, se nubla el cielo,
rompe un céfiro el hilo... y ¡adiós todo!

CANTO TERCERO

EL CASTIGO

I

—El amor se cree eterno y dura un día.—
Así á Jaime Cortés con grave acento
un cura le decía,
si es cura el capellán de un regimiento.
—Vamos con calma, vamos,—
el capellán seguía,—
confésate despacio, que esperamos
una dicha imprevista,
pues sé que, siendo un ángel en la tierra,
pidió ayer tu perdón una bañista
qué es algo del Ministro de la Guerra.
Háblame, pues, sin remontar el vuelo,
y cuenta sólo la verdad humana.
Cuando se halla por medio una aldeana
todos sabéis cómo se pierde el cielo,
aunque nunca estudiáis cómo se gana.—

II

—¿Habrá una criatura—
preguntó el desertor—que la ventura
encuentre en las pasiones tormentosas?—
Y el confesor le dijo:—Ten cordura;
tú al hablarme te olvidas que soy cura,
y sólo sé por relación las cosas.
Piensa bien que nos dice la doctrina
que es el hurto un pecado,
y la Ordenanza á declarar se inclina
que, al robar una moza, es un soldado
tan vil como al robar una gallina.
Confiesa que ese amor desventurado
de la Ordenanza el código destroza,
mostrando el espectáculo adorado
de un quinto que secuestra á una real moza.
¡si fueras oficial, pero un soldado!...—

III

Bostezando en memoria de su amada,
Jaime exclamó con voz entrecortada:
—¡Oh, qué cuarto de luna tan eterno!
Ocho días de dicha continuada
hacen dulce la idea del infierno.
Amé en la gruta á Candelaria Ateca
con todas mis potencias y sentidos.
¿Qué habíamos de hacer, allí metidos,
sin tener yo un fusil, ni ella una rueca?
Duraron nuestras verdes alegrías
tres días y tres noches... pero luego...
—Sí,—dijo el cura,—al cabo de esos días,
la hablabas tú en latín, y ella á ti en griego.
El que sepa la esencia de las cosas,
sabrà que las mujeres siempre entienden
la ciencia de agradar, si son hermosas;
pero, hermosas ó feas, nunca aprenden
el arte de no hacerse fastidiosas.
Bien, y después, ¿qué hiciste?
—¿Qué hice después?—Jaime pregunta.—¡Ayl triste,
después me acobardé como un paisano.
¡Ningún héroe resiste
á un amor de ocho días mano á mano!
Mas ¿qué habrá sido de ella, padre mío?
¿Se habrá arrojado al río?
—Déjate de locuras,—
contestó el capellán,—¿de qué te apuras?
Con respecto á cariños y placeres,
sabemos bien los curas
que se suelen cansar de sus ternuras
tanto ó más que los hombres, las mujeres.
Pero tú, ¿no sabías, inocente,
que el río el corazón solidifica,
así como al tocarlas petrifica
las ramas que detienen su corriente?
¿No oíste en *Piedra* hablar de dos inglesas
que amando con pasión y siendo obesas,
por beber en estío
los óxidos metálicos del río
dejaron de querer y de ser gruesas?
—Yo sólo sé—Jaime siguió—que iguales
los astros desde el cielo
siguieron alumbrando mi fortuna
cuatro días cabales;
pero ya al quinto día de la luna
noté con desconsuelo
que me enseñaba el pie sin gracia alguna,

mientras necias por valles y por lomas
con sus eternos besos,
aquella fiel pareja de palomas
me llevaba el fastidio hasta los huesos.

IV

—¿Y qué fué de esas aves, que os mostraron
el árbol de la ciencia?—
preguntó el capellán.—Nos las pagaron.—
Jaime exclamó,—pues si ellas me enseñaron
la primera lección de la experiencia,
como es muy natural que el hombre coma,
una tarde de amor nos las comimos,
y el par nos repartimos,
comiendo ella el pichón, yo la paloma.
—Pues ¿no teniais nueces?—
preguntó el capellán.—Sí, pero á veces,—
respondió el desertor, que sollozaba,—
tanto el hambre apretaba
que, además de las aves, padre mío,
cuando hallaba cangrejos en el río
encendía un tomillo y los asaba.
—¿Asar á su maestra? eso da espanto,—
replicó el capellán.—tú en amar tanto
fuiste, hijo mío, un verdadero loco,
y te lo digo yo, que soy un santo,
por más que alguna vez lo olvide un poco.

V

—Dormida un día, aproveché el momento,—
siguió Jaime,—y con nuevas ilusiones
me volví al regimiento,
prefiriendo el fragor del campamento
al amor siempre igual de los pichones;
mas queriendo atajar, dejé el camino,
y andando en línea recta y con premura
para llegar más pronto á mi destino,
la Guardia me prendió cerca de Alhama.
—Es verdad,—siguió el cura,—
y el idilio acabó y empezó el drama;
pues la Guardia civil es tan amiga
de pensar siempre el mal, que con trabajo
cree que ninguno siga
la senda del deber por el atajo.
Por desertor cogido y sentenciado,
preferiste al amor ser fusilado.

Lo comprendo, hijo mío,
fuieste el ciervo asustado
que teme ser cogido y se echa al río.—

VI

—Mas ¡ay! ya está el piquete en movimiento.
Y pues llegó el momento,—
continuó el capellán,—vamos andando.
Y después de decirle:—Acaba, acaba,—
masculló una oración como implorando
la clemencia de un Dios de quien dudaba.
Luego siguió:—Ya quedan conmutados,
en gracia de tu hastío, tus pecados;
el Papa actual es un señor muy bueno
que cree que son los malos desgraciados,
y que el mundo está lleno
de santas y de santos ignorados.—
Volvió á rezar un poco á su manera,
le echó después la bendición postrera,
y—Te perdono,—dijo,—
en el nombre del Padre; y quiera el Hijo
que te perdone á ti la molinera.—

Mas Jaime, horrorizado
de pensar si podría
viviendo más, de Candelaria al lado
pasar un día sólo, un solo día,
poniéndose de pie con el objeto
de ser en el instante fusilado
por no quedar sujeto
á los trabajos del amor forzado,
se preparó á la muerte, y en tal hora
el rostro se cubrió con las dos manos,
diciendo con ternura encantadora:
—¡Cuánto me aflige ahora
el dolor de mi madre y mis hermanos!

VII

¿Cuál sería de Jaime la sorpresa
cuando vió frente á sí á la aragonesa
que, vestida de quinto, le miraba
con la cara tranquila
que debía poner cuando jugaba
con los cabellos de Sansón, Dalila?
Jaime Cortés, de confusiones lleno,
no quería creer lo que veía;
mas la mujer, con ánimo sereno
mirándole, parece que decía:
—Caerá entre sangre el que me hundió en el cieno.

VIII

Mas ¿cómo la terrible molinera
llegó á la ejecución? De esta manera:
fué á *Nuévalos* un día,
y en casa de una tía, audaz se puso
un traje de aldeano, que allí había,
de un paño sin color, á fuerza de uso;
y hecha ya aragonés, la aragonesa,
al salir de la casa de su tía
con el pelo cortado á la escocesa,
más bien que un aldeano, parecía
el paje más gentil de una princesa;
y anduvo muchas horas, aunque en vano
de Jaime preguntó por el destino
á todos los rumores y los ecos,
le dió noticias de él por el camino
un vendedor de miel y de higos secos;
y de matar á Jaime haciendo voto,
marchó á Alhama á cumplir su triste suerte.
¡Lechera con el cántaro ya roto,
no halló más esperanza que la muerte!
Llega en fin; sienta plaza de soldado;
pide ser del piquete fratricida;
y así en vengarse y en matar se empeña,
al verse sin amor y envilecida;
venganza, vive Dios, que nos enseña
que el corazón á veces desempeña
un papel importante en nuestra vida.

IX

Jaime observa el piquete con espanto,
y Candelaria en tanto,
como le ama á pesar de los pesares,
lo mira con furor, mientras su llanto
por dentro de sus ojos corre á mares.
Y cuando vió que á Jaime le vendaron,
unas nubes de sangre la cegaron;
y, en el postrer momento,
al consumir su intento,
que se creyó casualidad horrible,
mirando Candelaria al miserable,
echa sobre él un odio irresistible,
ó más bien un amor interminable:
junta á su sien de su fusil la boca;
el gatillo después con el pie toca,
suena de pronto un tiro,

reza un—¡Piedad, Señor!—dando un suspiro,
y cae con el cráneo destrozado,
un momento antes que él, y de esta suerte,
si por verlo matar se hizo soldado,
por no verlo morir se dió la muerte.

X

Y un instante después, lleno de celo,
hizo alguien la señal con un pañuelo,
y el ángel del amor tendió sus alas
y se escondió en el cielo,
por no ver que de Jaime, sin consuelo,
el pecho atravesaron cuatro balas.

XI

Y como á ver morir á aquel soldado,
de emociones sediento,
subió con gran contento,
al *Castillo Romano*, hoy arruinado,
ese invariable público, formado
de mil inteligencias sin talento,
cuando vió de dolor desvanecido
que, pasando un segundo,
de una campana eléctrica el sonido
trajo el perdón pedido,
que llegó como todo en este mundo;
en un mismo dolor el pueblo unido
lanzó fatal, desolador, profundo,
un ¡ay! que más que un ¡ay! fué un alarido.

XII

¡Altos juicios de Dios!—En aquel duelo
un claro sol derrama
tanta luz en el suelo
de la Vega de Alhama,
que parece que el cielo
le dice al pueblo absorto:—¡Vive y ama!—
¡Y hasta alegres, del *Piedra* los ambientes,
llegando á confundirse sonrientes
del *Jalón* con las ondas sonoras,
lo convidan á oír en lontananza
ese canto inmortal de la esperanza
que murmura el concierto de las cosas!

XIII

Y ¿qué dirán del fin de estos amores
los que hablan de lo real sin poesía?
Que mañana ocultando estos horrores,
el viejo sol que nace cada día
alumbrando á leales y traidores,
sobre tanta agonía
un velo vendrá á echar de resplandores;
y dirán además que aunque hoy sentimos
estas y otras tragedias espantosas,
sucediendo unas cosas á otras cosas,
pronto han de ver como de nuevo oímos
los himnos del otoño á los racimos,
del abril las canciones á las rosas.

XIV

Y afrontando, por fin, de estos amores
el problema profundo,
me preguntáis, lectores:
—¿Qué debemos hacer cuando, iracundo,
el destino consienta estos horrores,
y entre *ser* y *no ser* medie un segundo?—
¡Echar en paz sobre las tumbas flores;
verlo, sufrir, y despreciar un mundo
tan lleno de *Doloras* y dolores!